

UNA SERIE DE LECCIONES EN VIDEO

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

Ponente: Rev. Cornelis Harinck

LECCIÓN 4:
ARTÍCULO 3 – LA CONCEPCIÓN Y EL
NACIMIENTO VIRGINAL DEL SALVADOR



Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

Instituto John Knox de Educación Superior
Encomendando nuestra herencia reformada a la iglesia en todo el mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, excepto en citas breves para propósitos de reseña, comentario o investigación académica, sin el permiso escrito del editor, John Knox Institute, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, EE. UU.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas de esta publicación han sido tomadas de la Reina-Valera 1960 TM © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Derechos renovados 1988, Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

El reverendo Cornelis Harinck es pastor emérito de las *Gereformeerde Gemeenten* (Congregaciones Reformadas) en los Países Bajos.

www.gergeminfo.nl

EL CREDO DE LOS APÓSTOLES

13 LECCIONES

por el Rev. Cornelis Harinck

1. Introducción
2. Artículo 1 — Dios el Padre y la creación
3. Artículo 2 — El Señor Jesucristo, el Hijo unigénito de Dios
4. **Artículo 3 — La concepción y el nacimiento virginal del Salvador**
5. Artículo 4 — El sufrimiento de Cristo
6. Artículo 5 — La resurrección de Cristo
7. Artículo 6 — La exaltación de Cristo
8. Artículo 7 — Cristo como el Juez de los vivos y de los muertos
9. Artículo 8 — Dios el Espíritu Santo
10. Artículo 9 — La iglesia universal de Cristo
11. Artículo 10 — El perdón de los pecados
12. Artículo 11 — La resurrección del cuerpo
13. Artículo 12 — La vida eterna

4 LECCIÓN

ARTÍCULO 3: LA CONCEPCIÓN Y EL NACIMIENTO VIRGINAL DEL SALVADOR

El Credo de los Apóstoles ha unido a cristianos de diferentes épocas, lugares y tradiciones. Proclama verdades eternas para la vida de hoy. Escrito aproximadamente 300 años después del nacimiento de Cristo, el Credo de los Apóstoles resume las creencias cristianas fundamentales. Ha sido utilizado como una declaración de fe y en la adoración por muchas denominaciones. El hecho de que tantos en la iglesia primitiva murieran por su fe significa que estaban involucrados en algo más grande que ellos mismos. ¿Cuáles eran esas verdades? ¿Cómo usaron los pastores y teólogos de la iglesia primitiva el Credo de los Apóstoles como guía esencial para los principios básicos de la vida cristiana? El reverendo Cornelis Harinck presenta ese credo. Nos muestra las verdades incrustadas en el Credo de los Apóstoles que solemos dar por sentadas, cuando en realidad deberían ganarse nuestra lealtad hasta la muerte.

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 4:

Estimado oyente, el tercer artículo del Credo de los Apóstoles dice: «que fue concebido por el Espíritu Santo, y nació de la virgen María». Estas palabras nos llaman a considerar el hecho incomprensible del nacimiento virginal de Jesús. Jesús fue concebido por el Espíritu Santo y nació de la virgen María. Tal fue la manera en que Jesús vino al mundo. ¿Cómo es esto posible? Un ser humano no puede nacer sin la intervención de un varón que fecunde a una mujer. Por eso muchos se burlan del nacimiento virginal de Jesús. Afirman que los cristianos han fabricado este hecho para elevar el estatus de Jesús, y que Jesús no fue más que hijo de José, o incluso de un soldado romano. A lo largo de los siglos, el nacimiento virginal de Jesús, para muchos, ha sido un obstáculo para creer el mensaje de la iglesia cristiana. Muchos predicadores, por lo tanto, consideran prudente guardar silencio acerca del nacimiento virginal de Jesús y tenerlo por un mero mito.

Sin embargo, la Biblia declara claramente que Jesús nació de una virgen. El Credo de los Apóstoles articuló esta misma verdad: «que fue concebido por el Espíritu Santo, y nació de la virgen María». Las pruebas bíblicas que respaldan esto son abundantes. Cuando el ángel Gabriel anunció a la virgen María que daría a luz un hijo, su reacción fue: «¿Cómo será esto? pues no conozco varón» (Lucas 1:34). María no había tenido relaciones sexuales. Su reacción fue lógica. ¿Cómo podría una virgen dar a luz un hijo? Entonces el ángel respondió: «El Espíritu Santo

vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por lo cual también el Santo ser que nacerá, será llamado Hijo de Dios» (Lucas 1:35).

Mateo nos dice que José se entristeció profundamente cuando sospechó que María le había sido infiel. Sin embargo, el ángel enviado por el Señor lo tranquilizó, diciéndole: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es» (Mateo 1:20). El testimonio claro e inequívoco de los Evangelios es que María concibió sin la intervención de varón. La Escritura nos informa que el nacimiento de Jesucristo fue así: «Estando desposada María su madre con José, antes que se juntasen, se halló que había concebido del Espíritu Santo» (Mateo 1:18). A la luz de la información que da la Biblia, el nacimiento virginal de Jesús es indiscutible. Solo se puede negar esto si se niegan los hechos tal como están registrados en los Evangelios.

El Credo de los Apóstoles confiesa: «concebido por el Espíritu Santo». La concepción de María se atribuye al Espíritu Santo. El Espíritu Santo, que formó vida humana en María, es el mismo Espíritu Santo que en la creación original se movía sobre la faz de las aguas, ordenando la materia creada en una hermosa creación que emergió plenamente al final de seis días. El Espíritu Santo, que hizo germinar la semilla y volvió la tierra fructífera, creó vida humana en María. Dios envolvió a María con un abrazo protector que la consagró para un servicio único. Concebiría sin la intervención de varón y daría a luz a un Hijo —un Hijo que sería llamado Hijo del Altísimo (Lucas 1:32). De esta manera, el Hijo eterno de Dios se haría hombre. La profecía de Isaías se cumpliría en María: «He aquí que la virgen concebirá, y dará a luz un hijo, y llamará su nombre Emanuel» (Isaías 7:14).

¿Quién es Jesús? ¿A quién dio a luz María? ¿A quién envolvió en pañales y recostó en un pesebre? La Biblia da la respuesta: ¡Dios manifestado en carne! «E indiscutiblemente, grande es el misterio de la piedad: Dios fue manifestado en carne» (1 Timoteo 3:16). El Hijo de María, el niño nacido en Belén, es Dios, habiendo asumido la naturaleza humana. La Escritura enseña esto, y el cristiano lo confiesa.

El niño de Belén, según su naturaleza divina, es el único niño que existía antes de haber sido concebido y nacido. Jesús pudo decir: «Antes que Abraham fuese, yo soy» (Juan 8:58). Juan comienza su descripción, de todo lo que Jesús dijo e hizo, con estas palabras impresionantes: «En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios» (Juan 1:1). Jesús es el Verbo eterno, que eternamente está con Dios y que es Dios. Este Verbo eterno y divino se ha hecho hombre por medio de la virgen María.

Los antiguos teólogos lo expresarían así: Él siguió siendo quien era, y llegó a ser lo que no era. Él siguió siendo quien era, a saber, Dios de Dios y Luz de luz. Aunque nació de mujer, fue acostado en un pesebre, se arrastró en el huerto de Getsemaní como un gusano y no hombre, fue crucificado, murió y fue sepultado, al hacer todo esto, no renunció a su Deidad. Él siguió siendo el Hijo eterno de Dios. ¿Qué hizo, entonces? Puso un velo sobre su Deidad. Se humilló a sí mismo y se hizo el siervo de Dios. Filipenses 2 dice: «el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a qué aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres» (Filipenses 2:6–7). Él ocultó su divinidad tras su humanidad, y aunque se permitió ser burlado, apresado y crucificado, Él siguió siendo Dios —el Hijo eterno del Dios eterno.

Llegó a ser lo que no era, a saber, carne y sangre de la virgen María. Se hizo hombre, con alma y cuerpo, capaz de sufrir y morir. ¿Y cómo se hizo hombre? En el Credo de los Apóstoles, el cristiano confiesa que Él fue «concebido por el Espíritu Santo, y nació de la virgen María».

La naturaleza humana de Jesús no fue creada del mismo modo que la naturaleza humana de Adán. Él recibió su naturaleza humana como todos la recibimos, a saber, por nacimiento. Jesús nació como fruto del vientre de María. Él fue real y verdaderamente hombre, con alma y cuerpo. Conoció el cansancio y el dolor, el gozo y la tristeza, el temor y la angustia, y el sufrir y el morir. La Escritura declara que Él fue hecho semejante a nosotros en todo: «Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos» (Hebreos 2:17). Él se hizo uno de nosotros, «Emanuel, ... Dios con nosotros» (Mateo 1:23). La Escritura señala que Jesús se hizo hombre. Así, Él no era un hombre, sino que se hizo hombre en la plenitud del tiempo. Juan escribe: «Y aquel Verbo fue hecho carne» (Juan 1:14). Pablo escribe: «Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer, y nacido bajo la ley» (Gálatas 4:4). Ambos pasajes hablan de hacerse y de ser hecho. En verdad, Él llegó a ser lo que no era: se hizo hombre, un hombre genuino, con un cuerpo humano y un alma racional.

Aunque Jesús llegó a ser semejante a nosotros en todo, hubo una excepción: Él no llegó a ser semejante a nosotros en lo relativo al pecado. El apóstol dice de Jesús: «Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado» (2 Corintios 5:21). Jesús no conoció pecado original ni pecados actuales. ¿Cómo pudo ser? ¿Cómo pudo Jesús, siendo verdaderamente hombre, nacido de mujer, y sin embargo estar sin pecado? Nuestro antiguo Credo de los Apóstoles dice que Él fue «concebido por el Espíritu Santo».

Quien trajo al niño Jesús al mundo no fue un padre terrenal, y por tanto, no fue un hombre caído que transmite el pecado original a sus descendientes. El niño Jesús no estaba infectado de pecado. El Espíritu Santo produjo el nacimiento de Jesús. Aunque Jesús no tuvo padre terrenal, sí tuvo madre terrenal. María ciertamente estuvo involucrada en esta concepción, pero, en lugar de un varón, fue el Espíritu Santo quien llevó a cabo la concepción en su vientre. Y por eso Jesús estaba sin pecado. La concepción sin pecado de Jesús es un santo misterio que subraya la naturaleza sobrenatural de la fe cristiana.

Dios es el autor de todos los procesos y leyes naturales. Los hijos nacen como consecuencia de la unión física del esposo y su esposa. No obstante, Dios no está atado a esto. Siempre que Dios actúa de una manera que no puede conciliarse con las leyes de la naturaleza, lo llamamos «milagro». Un milagro no puede explicarse; de lo contrario dejaría de ser un milagro. Esto se aplica particularmente al nacimiento virginal de Jesús. Dios realizó un milagro sobrenatural, aunque fue a través de la virgen María. Jesús, por lo tanto, tiene una verdadera naturaleza humana, siendo carne y sangre de la virgen María, y al mismo tiempo no estando contaminado con el pecado original. Jesús es «el santo ser que nacerá» (Lucas 1:35).

Jesús es el Hijo de Dios, nacido de la virgen María y concebido por el Espíritu Santo. Él es Dios y hombre. Él es Emanuel. Es un verdadero Dios-hombre, uno que es todo lo que Dios es y, al mismo tiempo, todo lo que el hombre es. Cristo no fue mitad Dios y mitad hombre, sino perfectamente Dios y perfectamente hombre. El ángel Gabriel dijo a María: «Y llamarás su nombre Emanuel, que traducido es: Dios con nosotros» (Mateo 1:23). Decir que Jesús es a la vez Dios y hombre no significa que tengamos dos individuos o dos personas, sino que en Jesús dos naturalezas están unidas en una sola persona. Él es el Dios-hombre, lo cual lo califica para ser el Mediador entre Dios y los hombres, y así ser el Salvador.

¿Por qué el Hijo de Dios tuvo que hacerse hombre para ser el Redentor de su pueblo? ¿No podría desde el cielo haber cumplido la promesa del paraíso de aplastar la cabeza del diablo? ¿Era necesario que dejara el cielo, naciera de mujer y así se hiciera hombre? Debemos responder a esta pregunta con otra pregunta: «¿Quién ha pecado?» El hombre ha pecado, y por lo tanto el hombre también debe llevar el castigo del pecado. La naturaleza humana ha pecado, y por lo tanto el pecado debe ser castigado en la naturaleza humana. El Hijo de Dios tuvo que asumir la naturaleza de su pueblo para poder ser su sustituto. De esto habla el apóstol, diciendo: «Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, Él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo; y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre» (Hebreos 2:14–15). Jesús vino con una misión. Para llevar a cabo su misión de salvación, el Hijo de Dios necesitaba ser revestido de humanidad.

La justicia de Dios demanda que el hombre, habiendo pecado, pague la pena del pecado. El renombrado padre de la iglesia, Atanasio, habla en su libro *Incarnatione Verbi* (La encarnación del Verbo) acerca de la exigencia del ser de Dios. El santo ser de Dios exige verdad y justicia. Dios es justo, y por lo tanto Él no castigará a otra criatura por el pecado del hombre. En consecuencia, el Redentor tenía que ser hombre, para que pudiera cargar vicariamente el castigo por los pecados de su pueblo. Así también tenía que ser un hombre sin pecado. El Mediador no podía ser meramente un hombre; también tenía que estar libre de pecado. El Catecismo de Heidelberg dice claramente que «uno que es por sí mismo pecador no puede pagar por otros» (Día del Señor 6). Un hombre en bancarrota no puede ayudar a otro hombre en bancarrota.

La sentencia judicial de la Escritura es: «Ninguno de ellos podrá en manera alguna redimir al hermano, Ni dar a Dios su rescate» (Salmo 49:8). El Redentor debe, por tanto, ciertamente ser hombre, pero no pecador. No solo debe estar libre de toda obra pecaminosa, sino también libre de la contaminación del pecado original. Así como el sacrificio expiatorio en el templo debía ser sin defecto, así el Redentor debía ser sin pecado. De todo hombre que desciende de Adán, ha de decirse: «¿Quién hará limpio a lo inmundo? Nadie» (Job 14:4). Con respecto a Jesús, leemos, sin embargo, que Él es «el santo ser que nacerá» (Lucas 1:35). Su concepción no fue por un padre con una naturaleza corrupta, sino que fue concebido por el Espíritu Santo (Mateo 1:20). Hebreos 7:26 dice de Jesús que Él es «santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores». Esto lo califica para ser el Fiador que rinda el pago en lugar de los pecadores.

La encarnación de Jesús por medio de María produce mucho consuelo. No solo esto calificó a Jesús para tomar nuestro lugar como Fiador y Mediador, para pagar la deuda contraída por el pecado, sino que también Él podía ser un sumo sacerdote compasivo. Hebreos 2:17 dice: «Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere». La epístola a los Hebreos nos informa que Dios no designó a ángeles santos para asumir el oficio de sumo sacerdote, sino más bien a hombres débiles, pecadores y caídos: «Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere» (Hebreos 5:1). Dios no escogió a ángeles santos, sino a hombres caídos para ser sacerdotes y sumo sacerdote en el templo. ¿Qué movió al Señor a hacer esto? El sumo sacerdote tenía que ser alguien que entendiera y tuviera compasión del israelita débil, pecador, culpable, que sufre, contrito y atribulado, que vendría al templo a buscar consuelo, perdón y paz. Tenía que ser un sumo sacerdote «para que se muestre paciente

con los ignorantes y extraviados; puesto que él también está rodeado de debilidad» (Hebreos 5:2).

¡Tal sumo sacerdote es Jesús! Por medio de su encarnación, Él se ha hecho semejante a nosotros en todo. No encontraremos nada en la vida que Jesús no haya encontrado también. Cualesquiera que sean las luchas y tentaciones de un creyente, Jesús también las habrá soportado. Las huellas de Jesús se hallan por doquier. Él ha combatido en la misma guerra, ha experimentado el mismo sufrimiento, ha soportado la misma vergüenza y ha muerto la misma muerte. Habiendo sido tentado en todo, Él conoce todas las tentaciones y las entiende. Él tiene experiencia de todo. Por lo tanto, Él puede tener compasión de sus seguidores probados en todas sus tentaciones, sufrimientos y muertes. Debido a su encarnación, Él puede ser el sumo sacerdote compasivo para todos los que en Él se refugian con sus pecados, miserias, tentaciones y aflicciones. Esto hace a Jesús cercano y precioso para ellos en todas sus aflicciones. Hace que el creyente diga: «No temeré mal alguno; porque Tú estarás conmigo» (Salmo 23:4).

Y Jesús obtuvo la victoria. Él ha vencido al enemigo, porque en todas sus tentaciones y sufrimientos permaneció sin pecado. El apóstol dice que Jesús «fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado» (Hebreos 4:15). Nosotros a menudo pecamos en nuestras tentaciones y aflicciones, y nunca estamos libres de culpa y contaminación. Pero Jesús permaneció sin pecado. Él obedeció a su Padre, «haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Filipenses 2:8). El primer Adán cayó en la tentación, pero Jesús, el segundo Adán, permaneció fiel y obediente a su Padre. Oró en el huerto de Getsemaní: «No sea como yo quiero, sino como Tú» (Mateo 26:39).

Jesús ciertamente ha sido tentado como nosotros, pero sin pecado. Él permaneció, en todo esto, como el Hijo obediente de su Padre. Por lo tanto, Él puede sostenernos en todas nuestras debilidades y tentaciones. Los hijos de Dios ahora pueden gloriarse en todas sus cruces y tribulaciones, y decir con el apóstol Pablo: «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó» (Romanos 8:37). Tal es el rico consuelo que se extrae de la encarnación del Hijo de Dios. Para el cristiano creyente, la verdadera humanidad de Jesús no disminuye su gloria y hermosura. En cambio, lo hace aún más glorioso y precioso. La encarnación hace de Jesús un Salvador todosuficiente, pues Jesús no solo es verdadero hombre, sino también verdadero Dios.

El Redentor no solo tenía que ser un hombre santo y justo, sino que también tenía que ser más fuerte que todos los hombres. Tenía que ser Dios. La obra que Él tenía que cumplir y la batalla que Él tenía que librar eran demasiado arduas tanto para un hombre sin pecado como para un ángel poderoso y santo. Jesús tenía que tomar sobre sí todos los pecados de sus escogidos y sufrir lo que ellos merecían, hasta la muerte por causa de sus pecados. Tenía que ser sometido a la maldición de la ley, porque una ley quebrantada pronuncia maldición sobre el transgresor. Tenía que llevar el castigo que correspondía al pecado, porque Dios no puede dejar el pecado sin castigo. Tenía que soportar la ira de Dios, porque el pecado provoca a ira al Dios justo y santo. Tenía que morir, «porque la paga del pecado es muerte» (Romanos 6:23). Tenía que soportar ser abandonado por Dios, porque la consecuencia del pecado es ser echado a un infierno de destierro lejos de Dios. Tenía que herir la cabeza de la serpiente antigua, el diablo, y vencer a la muerte.

¿Cómo habría podido soportar y prevalecer en todo esto si, además de ser verdadero hombre, no hubiera sido verdadero Dios? Jesús habría sucumbido bajo esta pesada carga, aunque

era un hombre justo, si a la vez no hubiera sido verdadero Dios. Jesús tenía que vencer enemigos que solo Dios puede vencer. Tenía que vencer al diablo, a la muerte, a la sepultura y al infierno. Un hombre común no habría podido lograr esto. Solo un Redentor divino podía prevalecer, como dice el profeta Jeremías: «Su Redentor es fuerte; Jehová de los ejércitos es su nombre» (Jeremías 50:34). Si Jesús no hubiera sido verdaderamente Dios, Él habría sucumbido en el huerto de Getsemaní y en la cruz. Nunca habría podido exclamar: «Consumado es» (Juan 19:30). La Divinidad de Jesús lo sostuvo, y así Él fue capacitado para triunfar en su obra redentora.

Oímos decir al Mesías en Isaías 63:5: «Miré, y no había quien ayudara, y me maravillé que no hubiera quien sustentase; y me salvó mi brazo, y me sostuvo mi ira». Jesús tuvo que ser Dios para asignar valor infinito a su obediencia, a su muerte y al derramamiento de su sangre. Dios es infinito, y por lo tanto, el pecado cometido contra Dios exige satisfacción infinita. Solo uno que es Dios es capaz de ofrecer el único sacrificio que logra satisfacción infinita.

Además, Jesús tuvo que traer un sacrificio que fuese suficiente no meramente para unos pocos. Su sacrificio tenía que ser suficiente para una multitud que nadie puede contar, y solo un Redentor divino puede lograr esto. Jesús también debe ser Dios para hacernos partícipes de su justicia. Él debe ser capaz de aplicar lo que ha ganado y hacer a los pecadores partícipes de sus beneficios. Perseguidores como el apóstol Pablo tendrían que ser transformados en predicadores. El corazón de Lidia tendría que ser abierto. Los cristianos en Corinto tendrían que ser resucitados de la muerte espiritual. Y el reino de Dios tendría que establecerse entre las naciones. La obra de la redención exigía un Redentor divino, pues Jesús sería un Redentor impotente sin su Deidad.

Jesús también debe estar calificado para juzgar a vivos y muertos. Solo una persona que sea Dios, y que posea omnipotencia y sea omnisciente, puede hacer esto. Jesús tenía que ser digno de recibir honor divino, y por tanto, digno de ser adorado como Dios, sin lo cual, quien lo hiciera sería culpable de idolatría. En verdad, todo se sostiene o cae con la confesión de que Jesús nuestro Redentor es tanto Dios como hombre, unidos en la persona del Hijo eterno de Dios. Solo una persona así podía ser «un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre» (1 Timoteo 2:5). Solo Él, que era Dios y hombre en una sola persona, fue capaz de ser el Salvador del hombre caído.

Su humanidad le capacita para ocupar el lugar de los hombres pecadores. Su Deidad le capacita para soportar el peso de sus pecados y para satisfacer la justicia de Dios. Ninguno sino este sumo sacerdote podía sanar la ruptura causada por el pecado entre Dios y el hombre. Pedro testificó de Jesús: «Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo el cielo, dado a los hombres, en que podamos ser salvos» (Hechos 4:12). No podemos ser nuestro propio salvador. Todas nuestras justicias son como trapo de inmundicia. Solo Dios puede reconciliarnos con Dios. ¡La iglesia de Dios ha sido redimida por Dios!

Siendo a la vez Dios y hombre, Jesús es el Salvador calificado y todosuficiente. «Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos» (Hebreos 7:26). Su divinidad confiere un valor eterno al sacrificio que ofreció. Su sangre habla de cosas mejores que la sangre de Abel (Hebreos 12:24). Limpia de todo pecado. Como Dios y hombre, el Redentor está calificado para salvar perpetuamente: «por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por medio de él se acercan a Dios» (Hebreos 7:25). Jesús tiene el poder y la capacidad de salvar sin límite. Puede salvar al peor de los pecadores. Puede romper los lazos más fuertes del pecado y de Satanás. Solo Jesús, el Cristo

nacido en Belén, que es a la vez Dios y hombre, puede ser nuestro Redentor. Solo el santo, Jesús sin pecado, que nació de la virgen María y fue hecho pecado por nosotros, puede, por su santidad y por su inocencia, ser nuestra cobertura delante de un Dios santo.

Sin embargo, Jesús no solo es el todosuficiente y adecuado Salvador, sino que necesitamos mucho a tal Salvador. La pregunta para nosotros es si sentimos esa necesidad. ¿Ya has sido confrontado con el hecho de que no podemos estar en pie delante de un Dios santo y justo, y por lo tanto necesitamos la sangre expiatoria de Jesús? ¿Es la pregunta de tu corazón atribulado: «¿Quién cubrirá mis pecados en presencia de un Dios santo y justo?» ¿Es esta tu única gran necesidad? Entonces, el mensaje de que el Hijo de Dios ha nacido de la virgen María será para ti «buenas nuevas de gran gozo... que os ha nacido hoy... un Salvador, que es Cristo el Señor» (Lucas 2:11). Se te predica un Salvador muy calificado y dispuesto. Por tanto, date prisa y huye a Él, quien puede y quiere salvar perpetuamente a todos los que por Él se acercan a Dios. Y por amor de tu alma, no olvides lo que dice el apóstol: a todos los que por Él se acercan a Dios, porque los pecadores que Él salva son solo aquellos que vienen a Él.

Gracias por escuchar esta lección. Esperamos que haya sido de bendición para ti. Acompáñanos en nuestra próxima lección, donde trataremos el cuarto artículo del Credo, en el cual confesamos: «padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos».